

Año vocacional nazareno (AVN)



PASTORAL
VOCACIONAL
M.E.N.
2010 -2011

¡¡SEMILLAS AL SURCO!!





“Semillas al surco” quieren ser unos mensajes mensuales, que ofrece el Equipo de Pastoral Vocacional de la Congregación y desea hacer llegar a todas y cada una de las hermanas que formamos Nazaret, para compartir el común don recibido: la vocación de Misionera Eucarística de Nazaret.

Desde el saboreo diario de aquella llamada del Señor que dirigió a cada una a seguirlo, pasando por aquel sí incondicional a su voluntad concreta, hasta las vivencias particulares de gozos y alegrías, cruces y sufrimientos, todo ha ido conformando nuestro ser particular y congregacional de hoy como Misioneras Eucarísticas de Nazaret.

En un mundo donde el secularismo invade la sociedad, el materialismo ahoga la libertad, los ruidos y saturación de tecnología despista, distrae y dispersa hacia afuera de uno mismo, para no entrar dentro y escuchar la voz de Dios que habla al corazón y mora en lo más profundo de nosotros mismos y ante la realidad de una juventud que sigue buscando, queremos seguir siendo un faro que, en medio de la noche, muestre el camino.

Ante una parte de la juventud que se siente impulsada a saciar su sed de felicidad bebiendo en aguas estancadas, queremos ser indicadoras del Manantial eucarístico de Agua Viva, que salta hasta la misma Vida eterna. Ante una juventud que tiene miedo al dolor y al sufrimiento, a la enfermedad y a la soledad, queremos ser presencia cercana que repara y acompaña hasta el Calvario y contemplar con todos a Aquel que desde lo alto de la cruz y del altar eucarístico sigue derramando su sangre por cada uno y dándonos en herencia la presencia maternal de María, su misma Madre, como Madre nuestra.

Ante una juventud tocada por la gracia y búsqueda de Dios, luchadora por alcanzar grandes ideales, seguidora de los auténticos profetas, ante esta juventud que se hace una parada en su vida de cuando en cuando, escucha en silencio, acoge la Buena Noticia y es capaz de mirar de frente la vida cotidiana y contemplar al Dios de la vida, queremos manifestar a esta juventud nuestra cercanía, apoyo en la búsqueda, aliento en el cansancio, reconocimiento de sus valores, comprensión en sus errores. Queremos ser presencia y profecía, susurro y cántico gozoso: ¡Al que buscas yo me lo encontré!. No está muerto ni es un personaje del pasado, Cristo vive y está realmente presente en la Eucaristía. Él espera y anhela el encuentro mutuo, en amor verdadero de correspondencia. ¡Yo me lo encontré...!

Como Misionera Eucarística de Nazaret que hemos sido tocadas por el amor de Dios perpetuado en la locura de la Eucaristía, invitamos a todas las hermanas a seguir siendo fermento de alegría, de acogida, de sencillez, de perdón, de esperanza, de presencia, de entrega incondicional. Hoy es tiempo de gracia, hoy es día de salvación.

Que el eco comunitario y congregacional este año sea la letra y el espíritu de esta canción: “Sois la semilla que ha de crecer”. Vivamos este curso eminentemente vocacional y en el marco de la Jornada Mundial de la Juventud que celebraremos en Madrid los días 16 al 21 de agosto del 2011 y cuyo lema es motivador para nosotras también: «Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe» (cfr. Col 2, 7). Desde ahora hasta esas fechas serán muchas las actividades que se organizarán en nuestras diócesis para ayudar a los jóvenes a tener un encuentro con Cristo, este también es

nuestro momento, pongamos a disposición nuestras Comunidades a la adoración, a la escucha, a la acogida, estemos presentes en los encuentros diocesanos y dejemos que el gozo de la llamada inunde nuestro corazón hasta contagiar alegría y despertando así las conciencias adormecidas de nuestras hermanas, como nos pide nuestro Fundador y como en la misma sintonía nos recordaba el Papa Juan Pablo II: “Las vocaciones existen; lo que hay que hacer es despertarlas”.

Que “Semillas al surco” sirvan para nuestra oración personal, comunitaria, retiro u Hora santa. Estaremos en contacto cada mes durante este curso y tomaremos la imagen de LA SEMILLA en tierra, su proceso de germinación y la necesidad de operarios eucarísticos para trabajar en el campo de Dios, tomaremos citas bíblicas y textos de nuestro Padre, así como documentos de la Iglesia que nos hablan de este tema y nos alientan en la vivencia de nuestra vocación con alegría e ilusión, puesto que todas hemos de ser UN TRIPTICO VIVIENTE DE LA PROMOCIÓN VOCACIONAL, cada una en su lugar, con el testimonio de nuestra comunidad viviendo en fraternidad, estando en el puesto que la Providencia nos ha designado, con las hermanas que el Señor ha puesto bajo el mismo techo para formar y conformar el hogar de Nazaret en cada ciudad.

Nos interpelamos.

Evangelio: Mt 13,1-9

Un día salió Jesús de la casa donde se hospedaba y se sentó a la orilla del mar. Se reunió en torno suyo tanta gente, que Él se vio obligado a subir a una barca, donde se sentó, mientras la gente permanecía en la orilla. Entonces Jesús les habló de muchas cosas en parábolas y les dijo: «Una vez salió un sembrador a sembrar, y al ir arrojando la semilla, unos granos cayeron a lo largo del camino; vinieron los pájaros y se los comieron. Otros granos cayeron en terreno pedregoso, que tenía poca tierra; ahí germinaron pronto, porque la tierra no era gruesa; pero cuando subió el sol, los brotes se marchitaron, y como no tenían raíces, se secaron. Otros cayeron entre espinos, y cuando los espinos crecieron, sofocaron las plantitas. Otros granos cayeron en tierra buena y dieron fruto: unos, ciento por uno; otros, sesenta; y otros, treinta. El que tenga oídos, que oiga».

- Dios ha sembrado su Palabra en mi vida: ¡Ven y sígueme!, ¿Cómo voy dando fruto a esa semilla? Acoger la vocación – eliminar obstáculos – cuidar con virtudes y regar con su gracia. ¿Qué frutos di y debo seguir dando?

Petición: Señor, desde la eternidad has sembrado en mi corazón una vocación con amor eterno, como una semilla destinada a crecer y a dar frutos. Ayúdame a vivir con el constante deseo de eucaristizar la sociedad hasta lograr, con tu gracia, que no haya una sola persona sobre la tierra sin saber que Tú vives, esperas, amas, alientas en la Eucaristía y que viva, con y como María, en un plus de amor reparador a Ti y a mis hermanas.



Las primeras palabras que dirige Jesús en el Evangelio de S. Juan, después de su permanente pregunta: “¿Qué buscáis?”, son: “**iVenid y veréis!**” (Jn 1,38-39), una palabra en presente y una en futuro. El Señor desvela el misterio de su identidad al que quiere tener este gesto de decisión, de abandono y de fe: “**iVenid!**” Y eso significa ponerse en camino, con confianza, tener experiencia de Dios. “**iVeréis!**”, la buena voluntad de hoy dará sus frutos mañana. El camino emprendido tendrá sus dificultades, incertidumbres, luces, oscuridad, desconcierto, gozos y tropiezos, pero irá creciendo la experiencia de Dios. Si permanecemos fieles y perseverantes en el camino emprendido, siguiendo los pasos del Maestro, llegará el día en que nuestros ojos contemplarán al Deseado, buscado de todas las generaciones. Ya nuestro Padre Fundador hablaba por experiencia al hacernos esta recomendación con sabor a Evangelio: “**iSed fieles y ya verséis!**”. La fidelidad de hoy es ya el gozo del presente y la felicidad del mañana.

“PEDID AL DUEÑO DE LA MIES”

Ante las difíciles situaciones sociales, políticas, religiosas, familiares y morales recurrimos a la Sabiduría del Evangelio, donde presenciamos a Jesús que toma iniciativas, se involucra y nos involucra a todos los que le seguimos con sincero corazón.

“Al ver a las gentes, sintió compasión de ellas, porque estaban deshechos y abatidos, como ovejas sin pastor. Entonces dijo a sus discípulos: La mies es mucha y los obreros pocos: Pedid al dueño de la mies que envíe operarios a su mies” (Mt 9, 35-37).

La grave constatación de la situación se convierte en exigente colaboración: “**Pedid**” y es que nos va la vida en esto... La primera obra de caridad que ha de brotar no tanto de nuestras manos sino de nuestro corazón es la oración. Y nos lo enseña la liturgia: “*Este es el que ama a sus hermanos, el que ora mucho por su pueblo, el que entregó su vida por sus hermanos*” (LH, pastores, II vísperas)

Todas somos “mies”, campo de Dios (1 Cor 3,9) y hemos de pedir y suplicar al Señor para que envíe la mano providente que cultive, el agricultor vigilante y experto que limpie los campos sin dañar la cosecha, que siegue a su tiempo y deposite el grano en el granero. Somos esa espiga del inmenso campo de Dios que sigue teniendo necesidad de ser cultivada por la experta mano del obrero, pero es que nosotras somos también esos agricultores que tienen que trabajar con responsabilidad y sabiduría para el crecimiento de mis hermanas, de aquellas que viven con nosotras y aquellos a los que somos enviadas, como misioneras por la eucaristización.

Nos recuerda nuestro Padre *“iCuántas veces, los que trabajamos en ese surco que el Padre de familias ha señalado a cada uno, nos sentimos asaltados por los desalientos más negros y amargos! iY cómo rompen la cerrazón del desaliento e inundan la inteligencia de luz y el corazón de alegría, las palabras del Maestro: “Salió el que siembra a sembrar su semilla...”*

Eso es lo tuyo, dice el Evangelio, salir cada mañana a sembrar...

¿En qué campo? En el que te señala tu deber, bueno o malo, blando o duro.

¿Cómo? Con la misma alegría en la mañana de hoy, que en el mañana de ayer.

¿Y nada más tengo que hacer? ¡Nada más! Lo otro, la lluvia, el sol, el abono, el fruto, eso es de Él, cuando quiera y como quiera” (Semillas de luz y vida, 36).

PLEGARIA::

Señor, como Misionera me llamaste a esparcir con ardor apostólico la semilla de la Palabra viva que es la Eucaristía, pero mi impulso apostólico y eucarizante no puede llegar hasta los confines del inmenso campo del mundo, mi voz se pierde en el desierto, mis fuerzas a veces acaban, mi trabajo es lento y torpe ante las nuevas maneras de evangelizar, pero tengo lo que tengo y doy lo que soy. María, mi Madre, me enseña que te gusta obrar en la pequeñez, aún así, te pido: envía obreros a tu mies, porque amo este mundo como es, tú me lo diste y me has puesto en el ahora de la realidad de la sociedad y de la Iglesia. Envía para el hoy Misioneras Eucarísticas de Nazaret.

Por experiencia sé, Señor, que si el corazón y los labios se abren en profunda e insistente oración, como expresión de una auténtica vida eucarística, el fruto llegará. Mi vida quiere ser expresión de lo que oro y mi oración impulso de lo que vivo. “¡Pedid y se os dará!” nos dices, pues hoy te digo: ¡Envía buenas misioneras eucarísticas!

Como a mí, en un concreto día, que tú y yo sabemos, en que me llamaste a esta vocación del plus de amor, hoy sigues lanzando tu voz, tu palabra, tu invitación, que no se impone, sino que propone, que no violenta ni obliga, que es ofrenda pero no coacción: “¡Si quieres...!” y es que la libertad puede rechazar la más sublime invitación. El campo puede poblarse de segadores o puede quedar desierto. Tu Nazaret puede llenarse de eucarísticas, trabajadoras incansables que vayan por campos y ciudades, que crucen ríos o atraviesen desiertos, tú puedes proponer, Señor, pero envía tu Espíritu que ilumine, transforme, purifique, oriente, fortalezca a las jóvenes que buscan seguirte en este campo tuyo que es Nazaret.

Acudimos a María, Madre de la vocación, ruega por nosotros y por tu Nazaret.

UNA RECOMENDACIÓN de Nuestro Fundador.

“Salid, hermanas mías, salid cada mañana, como el sembrador del Evangelio, a sembrar semilla de vuestro trabajo con la mejor cara que tengáis, con el corazón más alegre que el día anterior, con la esperanza más creciente... sin importaros que caiga en el camino, sobre espinas, sobre tierra buena... Lo vuestro es sembrar; lo demás, hasta la cosecha, lo dará sin falta el divino Sembrador invisible que por medio de vosotras siembra y hace crecer y fructificar”. (O.C. tomo II, 2826)

NOS INTERPELAMOS

¿Cómo sembrar en octubre?

¿Qué campos, qué ambientes frecuento?

¿Qué semilla puedo plantar ahí?

¿Sabes todas las personas que me tratan que soy Misionera Eucarística de Nazaret?, ¿Se alegran y dan gracias a Dios porque soy mujer consagrada?

¿A dónde llevo la Semilla eucarística que recibo cada día por la Comunión?



“Salió el que siembra a sembrar...” (Mt 13, 1-23)

“El Sembrador. El mismo que dio la virtud misteriosa al granito de semilla casi invisible para convertirse en gallarda espiga de trigo, en dorado racimo de uvas, en olorosa flor, en árbol gigantesco, salió a sembrar en las almas su semilla” (O.C., tomo I, 438)

La semilla de la vocación no es aquella que viene del cielo y cae en tierra, sembrada por la casualidad. La semilla de la vocación es sembrada intencionadamente por el Jardinero divino, en el corazón de una persona, para que dé fruto y repercuta en bien de la humanidad. Se siembra por la mano divina, con una intención particular y para un fruto concreto en beneficio de muchos. *“¡Qué generoso Sembrador es el corazón de Jesús! Él siembra en las almas Hostias consagradas que son Él mismo, y no espera nada, nosotros sembramos en los demás un ligero favor, una gota de sudor... y ilo que esperamos en retorno! ¿Por qué el tiempo y la fuerza que empleamos en quejarnos de la ingratitud de nuestras cosechas no lo invertimos en admirar e imitar la caridad humilde del Sembrador generoso? (N.P. Semillas, pág. 52)*

LA VOCACIÓN ES PARA VIVIRLA CON PASION

La vida es para ser vivida, lo mismo que la vocación, pero se puede vivir apasionadamente o de forma mediocre. Según como viva puedo alentar a los que me rodean y según como viva la propia vocación tengo la posibilidad de sofocar las vocaciones en germen o de alentar las que se hallan en floración, e incluso de “provocar” el nacimiento de otras nuevas, y eso porque la vida vivida es siempre ofrenda de vida de hostia al Padre del cielo. Pero la verdadera, eficaz e insuperable campaña por las vocaciones es el testimonio gozoso de aquellos que ya hemos sido llamados. El ejemplo arrastra, el testimonio suscita interés y es convincente. Convince el que arriesga, el que juega la propia piel por su vocación.

La vocación es un ideal para vivirlo, en la medida en que la vivamos, estamos presentes como testigos vivos de un proyecto que nos hace vivir para Dios, y desvivimos para los hermanos, como Jesucristo en su vida eucarística, que se hace presente, se parte y se reparte por nosotros. Ante esto caemos nuevamente en la cuenta que la madurez humana y más en concreto la religiosa, está en desvivimos por los demás, a ejemplo de Jesús en la Eucaristía: *“tomad mi Cuerpo entregado, mi Sangre derramada por vosotros”*. La inmadurez se manifiesta en “conformarse con vivir y sobrevivir en esta vida que nos ha tocado vivir”.

Cómo nuestro Fundador nos alienta a seguir trabajando en la siembra vocacional, sin esperar resultados. *“Sembrador, sembrador, cada vez que oigas abrir las puertas del Sagrario, hazte cuenta que desde allá dentro te dicen: Sembrador, siembra hoy también... -Siembra a pesar de los que no te entienden, te interpretan mal y tratan de cansarte; a pesar de los achaques de tus años y de tu salud y de los cansancios e inconstancias, a pesar de tu amor propio herido y humillado, sigue sembrando hoy con la misma paz que el día de tus más copiosas cosechas”*.(O.C., tomo I, 438)

“El secreto de una vida vocacionada está en su relación con Dios, en la oración que crece precisamente en el silencio interior, en la capacidad de escuchar que Dios está cerca. Y esto es

verdad tanto antes de la decisión, en el momento de decidir y de partir, como después, si se quiere ser fieles y perseverar en el camino” (Benedicto XVI, 4 julio 2010).

LA PALABRA DE DIOS LLAMA PARA CONFIGURARNOS CON ÉL

Es potencia creadora: *¡Hágase!* Y las cosas fueron hechas. Dios habla al hombre, lo declara así inteligente y con capacidad de diálogo, de amistad. La vocación es una llamada a algo nuevo, es una nueva creación, que involucra al hombre en la historia, tiene que salir de sí mismo y ponerse en camino. Tiene que escuchar y responder. Es un responder e ir, entrar en la dinámica divina, estar con el que llama y aprender de Él y con Él hasta configurarse, eucaristizarse, para ser enviado y fermentar el mundo de donde ha sido llamado. Es *“un viaje de ida y vuelta”*: Del corazón de Dios al mundo para llevar el mundo al Corazón de Dios. Es el retorno del sístole y diástole después de haber hecho el círculo sanguíneo que vigoriza todo el corazón del ser humano. *“Dios se ha reservado hacer por sí mismo lo que únicamente no podía comunicar: la creación de la vida de la semilla; pero el desarrollo, el crecimiento, la lucha, la fecundidad de ésta, se ha dignado hacerlas a medias con nosotros. La Comunión, más que una siembra es una asimilación de Jesús vivo por el hombre... sin duda para preparar gradualmente y obtener de su cosecha en su día, muchos hombres Jesús, tal como hoy es y está en el cielo, como Hostia gloriosa”* (N.P. Semillas de luz y vida, pág. 22).

Como nos dice el Magisterio de la Iglesia: *“Hemos de caminar desde Cristo, es decir, identificarse con Él, asumiendo sus mismos sentimientos y forma de vida. Es vivir una vida afianzada por Cristo, tocada por su mano, conducida por su voz y sostenida por su gracia. Es responder con amor al amor de Dios. Sólo con ese amor personal se puede ser creativos, capaces de renovar la Congregación, abrir nuevos caminos, nos hace fuertes y audaces, capaces de infundir valor y osadía.”* (Caminar desde Cristo, 22).

Cuando Dios nos llamó, provocó en nosotras una interpelación y respondimos, y así hasta hoy, hicimos un camino de seguimiento. **El primer paso**, somos conscientes, fue **la separación** y es que toda vida que nace se separa de su origen. Si la vocación –decíamos– es una nueva creación, ésta semilla nueva se separa de su origen como lógica divina. Dios realizó el mundo a través de la separación de los elementos, el día 1º separa la luz de las tinieblas, el 2º el firmamento, después la tierra y el mar, hoy sigue tocando el corazón de tantos jóvenes que unos escuchan su voz, otros aturridos con ruidos internos y externos, no responden a la Voz que llama:” ¡Sígueme!”.

Dios separa a Abraham de su pueblo, a Moisés de Egipto, a los primeros discípulos de su cotidiano vivir: *“Y dejándolo todo...le siguieron”*. Nuestro Padre dejó su familia y hogar, su diócesis, país por el destierro... y es que Cristo compromete toda nuestra persona, con cualidades, capacidades, limitaciones y talentos. Una vez que se escuchó su voz no podemos quedarnos en el mismo sitio, nos convertimos en seguidoras seducidas por Aquel que pronunció nuestro nombre y nos invitó a vivir por Él, con Él y en Él.

El segundo peldaño que requiere el seguimiento es **fiarnos**, dejamos conducir, especialmente por la luz de la Palabra y su presencia eucarística. Como la semilla que cae en tierra, vive la experiencia de lo desconocido, de cambios inesperados, de oscuridades y transformaciones profundas. Pero la permanente presencia de la Palabra hecha carne, guía y llama, acompaña e invita a dejarnos guiar. Con el ejercicio de nuestra libertad se encuentra la expresión auténtica en la respuesta a la Palabra. Confiándonos a ella que nos guía, reencontramos nuestra libertad, reemprendemos el camino que

no tiene otro término que Dios mismo, seguimos hacia Él con Él “Yo soy el Camino..., Ven y sígueme”.

NO INTERPELAMOS

La semilla de la vocación que Dios sembró en mí, ¿la estoy cuidando para que dé buenos frutos, de qué manera? ¿Sigo estando atenta, como al principio, a la voz de Dios que me sigue hablando al corazón? ¿Me siento satisfecha del estilo de vida consagrada que vivo? ¿Cómo quiere el Señor que siga colaborando en la mies eucarística?



En los dos meses anteriores reflexionamos sobre la afirmación de que Dios llama y con esa iniciativa divina se inaugura la primera fase de la siembra: la semilla cae en tierra. En este mes arrancamos sobre otra afirmación: Dios forma, que es como decir, esa semilla de la vocación sembrada en tierra, va germinando día a día.

DIOS FORMA

Ya nuestro Padre Fundador se fijó de manera particular en esta característica de la semilla, de la siembra, de la formación en el seguimiento del Señor. Uno de los numerosos ejemplos los tenemos en el Seminario de Málaga. En la parte alta de la puerta externa de la Iglesia, así titula: “¡La siembra!”, justamente en el lugar donde se forma y se conforma gradualmente con el sentir y vivir de Cristo, allí hay que acudir para germinar cada semilla según el don particular recibido.

En Caminar desde Cristo, 18 nos recuerda que *“en un mundo de profundas transformaciones, la formación deberá estar atenta a arraigar en el corazón de los jóvenes... los valores humanos, espirituales y carismáticos necesarios... Necesitamos serenidad y profundidad porque la persona se va forjando muy lentamente.”*

En la liturgia de este tiempo de Adviento y Navidad contemplamos el prodigio de que una tierra buena y virgen es sembrada por el Espíritu divino con la semilla del Verbo y esa Semilla germina en el seno virginal de María y dio su fruto bendito. La iniciativa de Dios dirigiendo su Palabra a María, la actitud de escucha y la respuesta disponible y confiada de María de Nazaret la han convertido en la Virgen Madre de Dios, de esclava en Señora, de discípula en Maestra, de aprendiz de Israel en Maestra de “Nazaret”. Y la semilla germina en la buena tierra que se abre a la gracia, que se purifica y cultiva, que se riega con lágrimas de dolor y que dará fruto en la hora indicada por el mismo Dios. Mirando a María, aprendemos a realizar la siembra vocacional nazarena.

“María, Madre y Maestra, la primera consagrada, vivió la plenitud de la caridad. Ferviente en el espíritu, sirvió al Señor, alegre en la esperanza, fuerte en la tribulación, perseverante en la oración, solícita por las necesidades de los hermanos (Rom 12). Que Ella nos sostenga en el empeño cotidiano, de manera que podamos dar un espléndido testimonio de amor: Tener una conducta digna de la vocación a la que habéis sido llamados (Ef. 4, 1)” (CdC, 46)

LA OBEDIENCIA DEL AMOR

Seguir a Cristo significa vincularse a Él. La obediencia del amor es nuestra auténtica relación con Cristo: *¡Sígueme!*. El ejemplo de Mateo, ante la escucha de la llamada del Maestro: *“él se levantó y lo siguió”*. Cristo llama, el llamado calla y sigue. El discípulo no responde como una confesión de fe por medio de palabras, sino que es un acto de obediencia. La voz que llama provoca no tanto una palabra de respuesta sino una acción que se encarna: el seguimiento.

Seguir a Cristo significa vincularse con Él. Estar tan unido a Él como dos latidos de corazón distinto, latiendo al unísono, que parece que sea sólo un corazón. Es vivir con él y como él, que eligió hacerse Pan vivo de grano de trigo, que eligió la suerte de un surco profundo y húmedo para dar fruto. Nuestro Padre nos recuerda con este precioso texto: *“Verdad es que el sol fecunda, verdad es que el sol vivifica; pero ¿nada exige de la semilla para obrar en ella la gran obra de su amor...? Oh! sí, le exige algo: que se arroje en el surco de la obediencia, y se pudra en la tierra de la humildad, y entonces brotará, romperá su débil tallo la tierra y mostrará sus verdes hojas, llenas de vida y cargadas de esperanza. Rugirán los vientos de las pasiones, pero no temas que su tallo se doblegue a su furor: está arraigado en la tierra, y cada soplo del viento lo hará más humilde, lo*

hará más fuerte. Irá creciendo la semilla regada por la lluvia de la gracia, y bajo la mirada del Sol divino, irá creciendo y juntamente con ella la amapola del sufrimiento roja, símbolo del amor, al cual aquel Sol perfecciona, hermosea y purifica. Vendrá por último el verano y su tallo gentil se inclinará al peso de las semillas, que sembradas en las almas, producirán frutos de salvación". (O.C., tomo II, 2334)

La obediencia del amor es nuestra auténtica relación con Cristo. La respuesta al seguimiento no es un momento de entusiasmo, sino compromiso obediente, porque un "seguimiento" sin compromiso de obediencia es, en realidad, opción sin Cristo.

"Si el sol de la Eucaristía, el sol de la vida, irradia sus vívidos fulgores sobre Nazaret, ¿será posible que las Nazarenas no sean espigas llenas de frutos y pletóricas de vida...? (O.C., tomo II, 2333).

EN GERMEN

El seguimiento comporta, aunque sea en germen, el aspecto contemplativo de la fe y el glorificador de la adoración. En la fe, la mirada se fija en Cristo, inseparable del Padre, de su Evangelio, de su camino, verdad y vida, de su presencia eucarística. El proyecto principal de vida es consagrarse a Aquel que se ha elegido, así la vida asume un significado fundamentalmente de adoración. La obediente respuesta a la vocación lleva al que ha sido llamado a silenciar, adorar, gozar y anunciar. Cuatro importantes actitudes ante el Emmanuel perenne del Sagrario, ante el Niño de Belén, ante el misterio elocuente de la Encarnación del Verbo por amor a todos.

¿A qué viene el Señor cada día? ¿Encuentra lo que busca?

Respondamos como María: ¡Aquí estoy! y hagamos lo que Ella: ¡Permanecer a su lado!

Hagamos como los Pastores: Escuchar el mensaje y salir corriendo a buscarlo

Imitemos a los Magos: Buscar, preguntar, adorar, ofrecer y volver por otro camino.

Seamos para los demás ángeles Gabriel que dan buenas noticias, que anuncian la Vida y que muestran dónde está la Presencia viva, real, permanente, abandonada y desconocida del Dios que desea ser buscado y encontrado. En este precioso tiempo de adviento y navidad meditemos cómo nos buscó, *cómo vino a nosotras, nos encontró y le abrimos la puerta*, ante esta verdad, eucaristicemos este mundo anunciando la Vida que brota del Manantial de la Eucaristía.

NOS INTEPELAMOS

¿Cómo puedo exteriorizar la Vida que ha sido sembrada en mí?

Buen momento para meditar: EL CORAZÓN DE JESÚS ESTÁ LLAMANDO A LOS QUE QUIERE. (O.C., tomo I, 430-437).

¡Feliz Navidad para todas!



DESDE LA PROFUNDIDAD

La semilla que ha caído en tierra, comienza un proceso de germinación para dar fruto y eso implica en la semilla un período decisivo para su futuro de maduración.

En este mensaje vocacional nos paramos en esa etapa de la semilla, que está en tierra, oculta a los ojos humanos, en silencio y soledad, quieta pero no inactiva, es el tiempo de germinar, de estar donde se está, como diría nuestro fundador: *“ocupando el puesto que a cada uno nos ha señalado Dios”*. Es tiempo de *“sacar virtutas”*, es tiempo de profundización, es tiempo de gustar a Dios, rozarse con Él, contemplar su rostro, escuchar su voz y dejarse cuestionar por su Amor eterno.

Como nos recuerda en nº19 de Caminar desde Cristo, es tiempo de *“contemplar el rostro de Cristo, partir de Él, ser testigo de su amor. Sólo entonces la vida consagrada encontrará nuevo vigor para ponerse al servicio de toda la Iglesia y de la entera humanidad”*. Si la vocación es la manifestación del amor de Dios que llama, la consagración es el amor del hombre que responde. Cuántas veces se nos ha recordado que la consagración debe ser total, absoluta, única y exclusiva. *“Interrogate si verdaderamente buscas a Dios”* (San Benito).

PONER EN CONTACTO

Todos somos responsables de un despertar vocacional y el medio para suscitar vocaciones es hacer que las jóvenes que se sienten llamadas logren la experiencia de Cristo Eucaristía, en trato frecuente y solitario en el Sagrario y eso quiere decir ir *“sabiendo y saboreando a Cristo vivo”*. Saborear, gustar, tratar, rozar, experimentar a Cristo, hasta afirmar con S. Pablo: *“Yo sé a Jesucristo”* (2Tim 1,12). Y ese saber es conocimiento pasado por el corazón, transmitido con este *“gusto”* a la vida concreta y de ésta al testimonio vivo, edificante, convincente. Esta es la llave de la vocación: la experiencia del amor de Cristo.

Hay que hacer de trampolín para que muchos jóvenes salten hacia el inmenso mar que es Cristo y se zambullan en su amor. Hemos de provocar que suceda como el agua en el vino, se disuelve y mezcla en el cáliz y ya no se pueden dissociar. La unión experiencial del corazón del joven con Cristo marca la vida y transforma la existencia hasta quedar *“tocada de gracia”*.

En nuestras relaciones humanas no se quiere a una persona sin amor, por lo tanto, cultivar el amor y la vocación es tarea firme. No podemos olvidar que querer a Jesús significa elegirle y elegir implica renunciar. Vivir de un modo significa morir a cien modos diversos de vivir. Jesús nos invita a seguirle por el camino de la renuncia. Seguir a Jesús es mucho más que euforia del momento, es una experiencia de cada día que no admite rebajas. En la vida cristiana y con más motivo, en la vida consagrada, existe una triple exigencia en el seguimiento: dejar todo por el Señor, como Eliseo (1Rey 19,16-21); caminar según el Espíritu (Gal 5,13-18) y no mirar atrás una vez emprendido el camino (Lc9, 51-62).

Como la semilla en tierra, viviendo un proceso de germinación necesita renunciar a la superficie y vivir en la soledad para lograr una auténtica maduración y ese tiempo es de gracia, de misericordia, de salvación. *“La vida espiritual debe ocupar el primer lugar en el programa de las familias de vida consagrada. Un renovado esfuerzo a la santidad. Sólo el Espíritu puede mantener constantemente la frescura y la autenticidad de los comienzos y al mismo tiempo, infundir el coraje de la audacia y de la creatividad para responder a los signos de los tiempos”* (CdC. 20).

DEJARSE HACER

El grano que cae en tierra no está pasivo, sino trabajando en dejarse hacer. Cuando Dios creó todo de la nada, pronunció palabras de mandato y orden: *“Hágase la luz y la luz se hizo”*, pero cuando creó al hombre, el texto bíblico matiza el trabajo comunitario en la obra predilecta de la creación: *“Hagamos”*, por lo que nos da a entender que el hombre se hace y eso significa estar en camino hacia su plena realización. En ese camino hay cooperación, esfuerzo y desarrollo progresivo de los dones y talentos. *“Venid en pos de mi y os haré...”*; es decir, haré que lleguéis a ser. La vida espiritual más que un hacerse es un dejarse hacer, más que un caminar es un dejarse conducir, más que un disponerse es un colaborar. Y esto choca con la mentalidad de nuestra sociedad que rechaza la aparente pasividad y lucha por el individualismo, el monopolio y el protagonismo. En la vida consagrada hemos de recordar cada día que donde está el Espíritu del Señor está la libertad y en el proceso de formación es el Espíritu el que va plasmando el corazón de la persona agraciada con la vocación.

Cuando una joven acoge libremente la llamada debe disponerse a dejarse guiar hasta lograr que sea Dios mismo quien configure y conforme ese corazón con su mismo Corazón: *“Dos corazones a un mismo ritmo son un solo corazón”* (N.P.).

A veces se puede vivir experiencias donde el proceso de formación parece como que la personalidad se siente arrastrada, violentada, transformada hasta llegar a decir: *“Soy la misma pero no lo mismo”*. *“No temas, María, el Espíritu vendrá sobre ti...”*. El Espíritu no despoja sino de lo superfluo, de lo inútil y caduco, pero respeta los dones propios naturales y adquiridos, los hace más eficientes, liberando el propio espíritu de defectos que paralizan y degradan.

“Dejarse hacer” es la regla de oro para todos los tiempos de nuestra vida consagrada. Podemos pasar etapas, ponernos cadena, medalla y alianzas, tener estudios o haber renunciado a la familia, pero si en el día a día no me dejo hacer por Dios, puedo estar jugando con el don más grande que Dios mismo me ha dado, después de mi bautismo de salvación. Dejarse hacer es ponerse a disposición total a su voluntad, firmar el famoso “cheque en blanco”, vivir de auténtica fe viva, con la confianza puesta en Aquel que nos quiere más y mejor que nosotras mismas.

Estar germinando es estar creciendo hacia adentro, fortaleciendo las raíces que sostendrán la propia vida. Bebiendo del agua Viva y reposando en verdes praderas, bajo la mirada y la custodia de Aquel que me va haciendo con ilusión, esperanza y cariño eterno.

NOS INTERPELAMOS: Descubrir el sueño de Dios:

¡Que todos tengan vida! ¿Cómo hacer realidad, yo, ese sueño de Dios? El testimonio de la propia vida habitada, plena, como manantial que no se agota y sacia la sed de quien busca y se acerca a beber. Esa es la respuesta. Es anunciar el Evangelio vivo de la Eucaristía. **¿Dónde? ¿Cómo?** El camino se va haciendo, Él siempre lo muestra. Es lo mismo que hizo y hace Jesús. No otra cosa. Gracias Señor por esta vocación especial a la que me has llamado. Gracias porque me das tu misma Vida. Gracias porque me llamas a darla: hostia por Hostia. Señor, que mi vida ayude a descubrir que Tú eres la VIDA que vive en la Eucaristía, que espera en cada Sagrario, que alimenta en cada Comunión y con ella se vive en plenitud de gozo aún en el sufrimiento y el dolor.

¿En qué nivel de profundidad vive la semilla de mi vocación?

¿Es expresión clara de la experiencia que tengo con Dios mi *“dejarme hacer”* en disponibilidad y mi alegría como resultado?



“Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, no da fruto” (Jn 12,23-28)

Ese grano de trigo caído en tierra es el mismo que un día dijo: *“Yo soy el Pan vivo bajado del Cielo”* y ese costado suyo abierto, traspasado por una lanza y de donde brotó sangre y agua es signo de la vida y de la Iglesia. Así el grano que es abierto desde las profundidades de la tierra, de esa abertura sale el nuevo germen de vida. Dándose del todo, en la tierra húmeda y profunda, muriendo con la certeza de que su vida continúa en el fruto. No muere del todo ese grano en tierra, su fruto lleva en las entrañas la vitalidad y la sabiduría de su semilla madre que lo engendró.

DESARROLLO DE LA VOCACION

El desarrollo de la vocación requiere aptitudes de apertura, de kénosis, de vaciamiento y despojo. A la sociedad no le gustan estos términos por lo que exigen y significan, pero sí nos halagan los frutos que producen. Es como aquella madre que da a luz a su hijo, y ya no se acuerda del dolor y del apuro que vivió momentos antes, en su parto, sí se alegra del fruto maravilloso y único de sus entrañas.

Es preciso crecer y se crece según la línea de la Verdad, sin ella no hay realización válida y duradera. La verdadera vida se construye sobre el cimiento de la Verdad.

“Tomando Pedro la palabra, dice a Jesús: Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido”. La consagración supone donación y renuncia, entrega y separación. Recordemos las parábolas del tesoro escondido en el campo y de la perla preciosa (Mt, 13,44-45), que cautivan a quien lo descubre y le mueven a vender todo lo demás para adquirir ese tesoro y esa joya.

Nuestra vida es una consagración de amor, una pasión de amor, con las características propias de amor verdadero convertido en pasión: la totalidad en la entrega, la exclusividad en la persona amada y el desinterés absoluto en servirle. Y al decir que es una consagración total, quiere decir que es perpetua. *“Don absolutísimo e irrevocable”*, lo llama Pablo VI (ET 7). Si la persona no se entrega para siempre no se entregaría del todo. Renunciamos a valores humanos positivos, a formas y exigencias sociales, amor humano compartido (castidad), propiedad y uso independiente de los bienes materiales (pobreza) y la libre programación de la propia vida (obediencia).

UNA CERTEZA

Ninguna de nosotras hemos venido a Nazaret por propia iniciativa. Es Dios quien nos llamó y quien nos capacitó para responder. En Dios, llamar es dar. La vocación es un verdadero don. Y los dones de Dios, por ser dones de amor, enteramente gratuitos, son dones definitivos, sin posible arrepentimiento por parte del mismo Dios, como nos recuerda san Pablo: *“Los dones y la vocación de Dios son irrevocables”* (Rom 11,29). Llamar para siempre es crear en nosotras una permanente capacidad de respuesta. Nuestra fidelidad consiste en apoyarnos en la fidelidad inquebrantable de Dios. *“Sed fieles y ya veréis”* nos recomendó nuestro Fundador, y el camino también nos lo marcó él para vivirlo siempre, a cualquier etapa o grado de madurez que nos encontremos hoy: *“La mayor fidelidad, el mayor silencio, la mayor obediencia”*.

Nos recuerda Caminar desde Cristo 45: *“Los consagrados deben saber proclamar con la vida y la palabra, la belleza de la pobreza de espíritu y de la castidad de corazón, que liberan, al servicio hacia los hermanos y de la obediencia que hace duraderos los frutos de la caridad”*.

La semilla que cae en tierra es para dar la vida, no para guardarse en la oscuridad, es decir, que le programa de vida del que escucha y acoge la voz y sigue al Maestro es darse y ese don de sí

mismo es un arte que hay que aprender. El egoísmo innato lleva a replegarse sobre sí mismo y complacerse, pero el Espíritu urge nuestra voluntad a la entrega y donación.

La vida y la sangre *“se dan”* por un ideal. La vocación es un ideal. Es preciso tener en el corazón un fin mayor y más válido que la propia vida para tener el coraje y la alegría de sacrificarse. *“Todo está consumado”*, acabado por amor, gastado por amor de Cristo. En el seguimiento de Cristo se gasta el propio ser, no basta despojarse de lo que se posee, es preciso, a veces, despojarse de lo que se es: de los propios criterios, proyectos, aspiraciones, afectos, planes, razonamientos, *“es duro este lenguaje, ¿quién puede oírlo?”*

FUI ELEGIDA

La vocación es semejante a una flor de alta montaña: el ciclo de su crecimiento necesita un clima fuerte. Ni el sol ni el frío la marchitan. El viento no la arranca, ni la nieve la sofoca. No te aventuras llevándola a un clima más “benigno”. Morirá. La vocación tiene necesidad de un clima fuerte. El sacrificio de la propia vida es la cima de un camino de gracia y consagración. Se empieza poco a poco y se persevera mediante la contemplación del crucificado y sacramentado. *“El que no sabe morir, no sabe amar”* (Rosmini). *“Yo estoy en el mundo como el que sirve, he venido para servir”*

Si nos preguntamos qué podemos hacer para que la siembra vocacional se pueda realizar, qué podemos hacer para que dé frutos abundantes, encontramos la pista en las orientaciones que la misma Iglesia nos hace: *“Las personas consagradas tienen el deber de ofrecer con generosidad, acogida y acompañamiento espiritual a todos aquellos que se dirigen a ellos, movidos por la sed de Dios y deseosos de vivir las experiencias de su fe”* (CdC. 43)

Debemos aprender a dejarnos formar por la vida e cada día, por nuestra propia comunidad y por las hermanas que conviven con nosotras por voluntad del mismo Dios. Debemos dejarnos formar por las cosas de siempre, ordinarias y extraordinarias, por la oración y por el cansancio laboral, apostólico, en la alegría y en el sufrimiento, hasta el momento de nuestra muerte. Siempre aprendiendo. Somos llamadas a ser las mujeres consagradas para el hoy de nuestra historia y el Señor nos otorga la gracia de servir a nuestros hermanos de indicadores, cauces y mediación para encontrar la Vida que brota, espera, sacia y ama desde la Eucaristía, tantas veces abandonada por falta de fe, conocimiento de su presencia, amor de correspondencia y dejadez. *A más abandono de unos, MAS compañía y reparación de otros*, hasta lograr que no haya un ser humano sobre esta tierra que no sepa dónde vive, espera y ama el mismo Amor de Dios perpetuado en la locura de la Eucaristía.

NOS INTERPELAMOS

¿Considero mi vocación como un tesoro dado por Dios y con quien lo comparto?

¿Qué me cautivó de Dios para rendirme a Él? ¿Qué sigue buscando de mí?

¿Si hubiera sabido que tenía que pasar por lo que he pasado, volvería a decir sí a esta vocación?

¿Qué es lo que más te entusiasma de ser M.E.N.?



En este mes conmemoramos en nuestra Congregación el origen de nuestro carisma eucarístico reparador como fruto de *una vocación dentro de la vocación* de nuestro Fundador, su llamada inicial por parte del Señor a la vocación sacerdotal y su vocación dentro de ésta, a la vida eucarística: *“De mí sé deciros que aquella tarde en aquel rato de Sagrario, entreví para mi sacerdocio una ocupación en la que antes no había ni soñado... Para el interés de mi historia baste saber que la impresión de aquel tristísimo Sagrario, de tal modo hicieron mella en mi alma, que no solamente no se me ha borrado ni se me borrará en la vida, sino que vino a ser para mí como punto de partida para ver, entender y sentir todo mi ministerio sacerdotal de otra manera”* (O.C., tomo I, 20).

Nos recuerda el magisterio de la Iglesia que “las personas consagradas hacen visible, en su consagración y total entrega, la presencia amorosa y salvadora de Cristo, el consagrado del Padre, enviado en misión. Ellas, dejándose conquistar por él (Filp 3,12) se disponen para convertirse, en cierto modo, en prolongación de su humanidad. La vida consagrada es una forma elocuente de que, cuanto más se vive en Cristo, tanto mejor se le puede servir en los demás, llegando hasta las avanzadillas de la misión y aceptando los mayores riesgos” (VC 76).

“El que pone la mano en el arado...” tiene disposición de avanzar...

La semilla de la vocación, que ha caído en tierra buena, ya en esta etapa del año, va despuntando, se va dejando ver, abriéndose, fortaleciéndose y creciendo hacia adentro, buscando la humedad y la calidez de una adecuada temperatura. Fuera, en la superficie, hace todavía frío. Va echando raíces en la medida que profundiza en la soledad, el silencio y la entrega, va elevándose poco a poco en dirección a la superficie, como atraída por el aire del Espíritu y la luz del Sol que nace de lo alto.

Ya está todo en marcha, ahora no cabe *“mirar para atrás”*.

Es verdad que el hoy, tiene sus raíces en el ayer, pero el presente debe mirar hacia adelante con decisión y paso firme. Ya lo decía nuestro Padre fundador: *“Nada de mirar para atrás, nada de estériles lamentos, nada de cruzarse de brazos... te consagro el día de hoy, quiero ser devoto de san ahora, san momento presente”*.

“Mirar hacia atrás” significa da la primacía a lo horizontal y en segundo puesto a lo vertical. Primero el prójimo y después Dios. Si las ocupaciones me dejan tiempo, oro, en caso contrario, *mi trabajo es oración*. *“Mirar hacia atrás”* es vivir con el corazón partido, mitad para Dios, mitad para el mundo, para la familia, amistades y pertenencias del ayer. *“Mirar para atrás”* es dejarse llevar del aburguesamiento: lo que antes no tenía, ahora tengo; es vivir de añoranzas: “antes era mejor”; vivir de pesimismo: qué mal está todo... Pero el hombre de hoy es el de siempre, capaz de seguir a Cristo hasta el final. No le dejemos en mal lugar. Este es nuestro hoy, nuestro tiempo de gracia, nuestro campo amado por Dios y que hay que cultivar.

La vocación no implica entender para aceptar, se trata de algo más profundo, es “comunidad de vida”. Sólo el amor realiza y fecunda una comunidad de vida con la persona de Cristo. El amor de Dios es el motivo inicial, el único contenido y el fin primario de nuestra vocación consagrada. Es preciso cultivar constantemente este amor de Dios sin poner límite alguno. Como Teresa de Lisieux tenía así de claro su vocación: “la caridad fue el fundamento de mi vocación. En el corazón de la Iglesia yo seré el amor y de este modo lo seré todo”, sólo el amor hace escuela y la Eucaristía es el amor perpetuado en una locura y ¡cuánto enseña! La Eucaristía es escuela de amor.

El que acrecienta el amor, agranda la fuerza espiritual, el que deja adormecer el amor ve cómo disminuye su posibilidad de hacer el bien. *“La vida consagrada también conoce la insidia de la*

mediocridad en la vida espiritual, del aburguesamiento progresivo y de la mentalidad consumista” (CdC 12). Dilatemos el corazón, hemos sido llamadas por Dios a una vocación específica y concreta que se resume en una palabra: reparación, es decir, amar más, dar a Dios un plus de amor que desborde hasta la caridad evangélica y ésta es siempre solidaria, fraterna.

Estamos llamadas a desentendernos de los *“tiquismiquis”* que encogen y limitan porque sin un responsable compromiso vocacional de amor no se conseguirá perseverar en “Nazaret”. Si cultivamos el amor, lo alimentamos donde sabemos, lo transmitimos donde debemos, garantizamos la perseverancia, *¡sed fieles y ya veréis!*

El deseo de nuestro Padre fundador *es hacer de cada comunidad un fuego de amor centuplicado* y esa caridad, aprendida de la escuela eucarística, alimentada por el Pan de vida, dinamizada por el Espíritu del amor, da como resultado un testimonio convincente en un mundo deseoso de relaciones verdaderamente filiales y fraternas.

Espiritualidad de comunión es compartir las alegrías y sufrimientos de las hermanas, intuir sus deseos y atender sus necesidades. Ofrecerles una verdadera y profunda amistad. Ver lo que hoy hay de positivo en el otro para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios. Es dar espacio a la hermana, porque la santidad y la misión pasa por la comunidad. La vida fraterna, la vida común representa el primer anuncio de la vida consagrada, es signo eficaz y fuerza atractiva que lleva a creer en Cristo. (Cfr. CdC 29. 33).

En este mes de marzo, también nuestro Padre, en medio del campo de este mundo dormido ante Dios, puso la mano en el arado y no huyó, encontró su plan de misión y la urgencia de llevarlo a cabo. De ese trabajo brotó, con la gracia de Dios, un carisma en la Iglesia, una vocación con prolongación en cada una de nosotras y mucha santidad oculta en el vivir cotidiano de “Nazaret”.

REFLEXIONEMOS

¿Cómo venzo la tentación *de mirar para atrás?* Sería provechoso dar gracias al Señor por mi vocación, por quienes me sostuvieron ayer y me animan hoy. ¿Soy cauce de aliento, ánimo y estímulo para las hermanas que me rodean?

Nos recuerda el Papa que la vocación “no es fruto de ningún proyecto humano o de una hábil estrategia organizativa”, sino que es un regalo de Dios. Debe ser propuesta con “valentía, delicadeza y respeto”. (2 febrero 2011). *–No nos cansemos de hacer el bien, porque a su tiempo cosecharemos, si no desmayamos* (Gal 6, 9)



Cuando el tiempo oportuno da la señal, la semilla desprende de sí misma un tallo que eleva su vida a la superficie, sostenido por la profundidad y la fortaleza de sus raíces. Ese tallo que crece en dirección al sol, a la luz, al calor, rompe la tierra y arriesga su vida saliendo a lo desconocido, ya no puede volver atrás, es un riesgo pero convencido del sentido de su vida, brota y arriesga, salta y crece, lo da todo, se da toda.

La vocación como la semilla implica un riesgo. Arriesgó también el que lanzó la semilla en tierra, ahora es la misma semilla la que vive el riesgo con la confianza plena del que la llama desde lo profundo.

Para que la vocación religiosa crezca, persevere y madure es preciso educar generosamente al **riesgo de creer hasta el final**. Tiene que haber experiencia de esta certeza: vale la pena arriesgar toda mi vida por la persona y el Evangelio de Jesucristo.

Toda nuestra vida es un riesgo, el riesgo de **una pobreza existencial viviente** (ni esposo, ni hijos, ni independencia...) que obliga a convencernos a nosotras mismas de que sin el Dios del Evangelio y de la Eucaristía no hay esperanza para nosotras.

El riesgo vocacional es como una **medalla de dos caras**, por un lado es la sensación de impotencia y por otro la certeza de la fe; por un lado la incertidumbre y temor y por la otra el gozo de saberse amada y llamada; por un lado la sensación de nuestra personal inconstancia y por otro la fidelidad de Cristo; por un lado nuestra fragilidad y precariedad y por otro el saborear la experiencia de Cristo que permanece con nosotras y del Espíritu que envuelve en su amor e impulsa a la misión.

El riesgo de la renuncia de unos bienes visibles por un Bien invisible, pero es un riesgo que vivido desde la fe y el amor tiene sello de garantía divina: Él no falla nunca. "No tengamos miedo de arriesgar la vida por Cristo, él no quieta nada, lo da todo" (JPII, BXVI).

¿Por qué parece que hoy los jóvenes no se sienten atraídos por el riesgo de la aventura vocacional, cuando en sus entrañas tienen arraigados el coraje y el atractivo por lo desconocido? Podemos pensar por que desde nuestra sociedad no están educados en los valores del Evangelio. El descubrimiento de Cristo como valor absoluto se halla, en parte, condicionado por el reconocimiento de otra serie de valores: espíritu de esfuerzo, servicio, renuncia, lealtad, fidelidad al ideal. Sólo el que vislumbra la cumbre luminosa (Cristo) arriesga y persevera en la escalada. Conocer a Cristo, saborear, rozarse con Él... el que tiene experiencia de Dios no queda indiferente, porque hay que estar muy distraído para no darse cuenta de la presencia de Dios en el mundo. ¿Qué distrae?, ¿quién distrae?, ¿para qué distrae? Somos por vocación *despertadoras de conciencias adormecidas*, según nos dice nuestro Fundador, *indicadoras vivientes*, y los jóvenes consagrados son los *centinelas del mañana*, (CdC, 46).

"Si en algunos lugares, las personas consagradas son pequeño rebaño a causa de la disminución del número, este hecho puede interpretarse como un **signo providencial** que invita a recuperar la propia tarea esencial de levadura, de fermento, de signo y de profecía. Cuanto más grande es la masa que hay que fermentar, tanto más rico de calidad deberá ser el fermento evangélico y tanto más excelente el testimonio de vida y el servicio carismático de los consagrados", esto nos lo recuerda el Santo Padre en Caminar desde Cristo, 13.

Es el tiempo oportuno de trabajar para que resucite la respuesta callada y silenciada ante la llamada que Dios constantemente hace, especialmente a los jóvenes, a su seguimiento. La clave está en poner en contacto el corazón del joven con Jesús, dar oportunidad de ese toque de gracia. Nuestro Padre nos lo clarifica muy bien: “resucitará todo lo que haya tocado al Señor, también la vocación. Jesucristo en la tierra, en su vida mortal como en su vida de eucarística es siempre Sembrador de la resurrección, en donde quiere que llegue el aliento de su boca o el contacto de su mano, allí queda siempre un germen de resurrección que florecerá en su día”. (Cfr. Mi comunión de María, ed. 13, pág. 216).

Y prosigue diciéndonos que “una persona que comulga, aunque sea una sola vez, una obra que se ha hecho con gracia de Jesús, una palabra que se ha pronunciado en su nombre, una lágrima que se haya derramado por él, por el sólo contacto que todo esto con Él ha tenido, ha quedado **fecundado de semilla de inmortalidad**”. Por lo tanto, si nuestra misión vocacional, la de todas, es poner en contacto a esas jóvenes con Él, aunque sea una sólo vez, invitando a entrar en nuestras capillas, ofreciendo una palabra oportuna, orando y dándonos hasta que dueña, entonces todo esto no cae en saco roto. “Qué bella es mi fe y qué dilatados horizontes abre delante de mi” sigue diciéndonos nuestro Fundador ya vendrán si vivimos con alegría, ya vendrán si vivimos en fraternidad y nos queremos como hermanas, ya vendrán... esto son horizontes abiertos...

Y nuestro Fundador sigue cuestionándonos a las personas de hoy, a esos jóvenes distraídos por el materialismo y el consumismo: “¿Qué son las páginas de la historia y las letras de oro de premios y las inscripciones de piedra de monumentos y demás medios con que el mundo puede labrar la inmortalidad de un hombre, en comparación de verdad y de gloria que siembra en el corazón, en la vida **el contacto de Jesús** sembrador de resurrección? Ni el papel, ni la piedra, ni el metal pueden resucitar lo que está muerto.

¡Qué reto para los jóvenes de hoy es “vivir viendo a su lado a Jesús que contempla gozoso en ellos el buen fruto que dio la semilla, por Él sembrada, en esta tierra joven de cardos y espinas!”.

¿Os enteráis bien, jóvenes que buscáis la Verdad? Esas gotas de sudor o de lagrimas caídas sobre el surco que en la tierra ha abierto vuestro trabajo constante, es tiempo dedicado con cariño hacia los más pobres y abandonados, esas incomprendiones y hasta persecuciones por vuestra manera de pensar y actuar distintas a la masa, esos sentimientos nobles, mal interpretados, ese sembrar a todas horas y sin cosechar nunca... todo esto resucitará –jóvenes y hermanas. Dejad que pase el invierno que pudre la semilla y esperad la primavera eterna de la gloria de Dios en que despunta el tallo que arranca de aquella semilla muerta y veréis flores y frutos y lozanía eterna.

Por todo esto, no hay lugar para el desánimo, sí para seguir en la brecha.

Este mes un nuevo impulso: **¡A sembrar inquietud vocacional nazarena!**

Por de pronto, invitemos a encuentros vocacionales, ejercicios y retiros, visitas y salidas, peregrinaciones y jornada mundial de la juventud... todo es gracia y oportunidad...

Del 13 al 15 de mayo, en Moncada (Valencia) encuentro vocacional.

“Yo soy el Camino”



A lo largo de este año vocacional estamos haciendo una parada cada mes, por medio de las “semillas al surco”, sobre la importancia de nuestra vida vocacional y la necesaria colaboración con la gracia para su cultivo, desarrollo y buen fruto, por eso, justamente en este mes de mayo, tan especial para nosotras, al cumplirse 90 años de “Nazaret” traemos a la memoria el Salmo 64 con el que rezamos al Señor y reconocemos con confianza su obra en nuestras vidas: *“Señor, tú cuidas de la tierra, la riegas y la enriqueces sin medida, la acequia de Dios va llena de agua, preparas los trigales, riegas los surcos, igualas los terrones, tu llovizna los deja mullidos, bendices sus brotes; coronas el año con tus bienes, tus carriles rezuman abundancia; rezuman los pastos del páramo y las colinas se orlan de alegría, las praderas se cubren de rebaños y los valles se visten de mieses que aclaman y cantan”.*

María es maestra en el terreno de la vocación

María es maestra en el terreno de la vocación y no sólo de la humana, sino, sobre todo, de la creyente. ¿Cómo vive su vocación? En primer lugar preparando el terreno: es una mujer **humilde**, sin humildad no es posible una vocación ni humana ni creyente y eso explica que María esté abierta a Dios, confíe en el Señor, esta **confianza** la lleva a estar disponible a su voluntad, porque sabe que el Señor es el único que puede llenar y colmar de sentido toda su existencia. Para saber cuál es su voluntad tiene que tener la actitud de **escucha**, de silencio interior y exterior, de contemplación y serenidad. El silencio es el lenguaje del amor.

María escucha el proyecto de Dios y descubre en él, aunque no sepa muy bien cómo se realizará, el proyecto que desea hacer suyo. Su vida está llamada a dar vida y Dios le ofrece la posibilidad de que su vida sea fecunda y crezca en la gestación y alumbramiento de una existencia humana, que sólo desde Dios puede explicarse (Jesús). Esto no podemos olvidarlo nunca: Dios ofrece y promete que será Él quien haga posible lo que parece imposible y María por su parte, ha de consentir, ha de decir sí (comprometerse). Todo es gracia y todo es libertad. La llamada de Dios, su proyecto, se convierte en la vocación, en el proyecto de María.

Otro elemento importante en la vocación de María es la **comunicación**, en la **misión**. María se pone en camino hacia la casa de Isabel y contagia la alegría de la llamada descubierta. Somos seres en relación y los dones, gracias, tareas, talentos y cualidades están en función de los demás, de ahí que el crecimiento y desarrollo de nuestra personalidad se alcance dándonos, entregándonos y sirviendo en amor a nuestros hermanos, la prueba está en que *“hay más alegría en dar que en recibir”*. Nuestra vocación es eminentemente misionera y esto consiste en llevar a los demás el gozo de la buena noticia Jesús Eucaristía. Si toda vocación provoca y contagia la vocación, en Nazaret, el ejemplo de entusiasmo y gozo ha de despertar vocaciones, suscitar interrogantes, provocar respuestas.

Que pronto podamos decir con el salmista. *“La tierra –Nazaret- ha dado su fruto, nos bendice el Señor nuestro Dios”* (Sal 66).

Cuatro verbos de la acción de Dios

Sabemos que **el amor de Dios llama, elige, consagra y envía**. Ninguna de nosotras hemos sido llamadas ni consagradas para nosotras mismas. Las personas acogen nuestra palabra, presencia, cariño por ser lo que somos Misioneras Eucarísticas de Nazaret, porque esta llamada nos da identidad, estilo particular, gracia especial.

Cuánta oportunidad de formación recibida por ser M.E.N. Cuántos lugares haber conocido, habitado, visitado, vivido por ser M.E.N. A cuántas personas hemos tratado, acogido, acompañado, amado y de cuántas personas hemos recibido tanto por el hecho de ser M.E.N. Soy lo que soy y Dios me ha llamado para ser Misionera Eucarística de Nazaret con todas las consecuencias y en grado heroico.

¿A qué viniste a Nazaret? Esta es la pregunta que hoy nos siguen haciendo nuestros fundadores. Los largos años de formación integral que ofrece Nazaret, durante los cuales cada hermana tiene la oportunidad de consolidar su amor y adhesión profunda a Jesús Eucaristía, tiene que dar lugar a un impulso misionero, apostólico y eucaristizador. Se eucaristiza, se evangeliza con la caridad, la sonrisa, la palabra, el silencio, el servicio, la fraternidad, la presencia y la misión. El evangelio vivo de la Eucaristía es nuestra mayor riqueza, nuestra misión y la razón de nuestra consagración como Misioneras Eucarísticas de Nazaret. No somos consagradas para vivir, llevar o entregar a la sociedad lo que es humano, sino lo que es divino, por ello es preciso estar con Él, rozarse con Él, asumir su vida y conectar con sus sentimientos, y todo esto por la Eucaristía deseada, acompañada, recibida, reparada y anunciada.

Nuestro modo de ser, de vivir, de ser-vir.

La eucaristización es un modo de ser, de vivir, de sentir, de estar, de hablar y de servir, porque brota de un corazón enamorado del Dios Amor.

Y qué mayor modelo en este arte de vivir desviviéndose, que nuestra Madre, Maestra y Modelo la nuestra vocación. En este especial mes y año vocacional nazareno a Ella acudimos con la plegaria del Beato Juan Pablo II:

“Virgen Santísima, tú que sin dudar te has ofrecido al Todopoderoso para la realización de su designio de salvación, suscita almas consagradas capaces de dar testimonio, a través de la castidad, pobreza y obediencia, de la presencia liberadora de tu Hijo resucitado. Amén”

“Madre Inmaculada, que cada vez que me roce con Jesús, salga yo más a su estilo, ¡más Jesús!”, es la petición que un día le hacía nuestro Padre a María y es la que nosotras le pedimos prestada para rezarla todos los días de este mes mariano.